

## XXI.

¿Por qué, dí, me dijiste, están las rosas  
Tan pálidas? ¿Por qué?  
¿Por qué en el verde césped las violetas  
Tan marchitas se ven?

¿Por qué en el aire canta  
Con voz tan melancólica la alondra?  
¿Por qué los bosquecillos de jazmines  
Dan á las brisas funerario aroma?

¿Por qué con luz tan triste y tan helada  
El sol el prado alumbra?  
¿Por qué la tierra toda  
Sombria y gris está como una tumba?

¿Por qué estoy yo tan triste y tan enfermo?  
Amada de mi vida, dímelo.  
Oh, díme, sí, ¿por qué me abandonaste,  
Amada de mi ardiente corazón?

---

## XXII.

¡Cuánto aumentaron mi pesada cuenta  
Con sus quejas, mi amor!  
Mas lo que abrumba en realidad mi alma  
No te lo han dicho, no.

Ante tí la cabeza sacudieron  
Con aire grave y docto,  
Y me llamaron «diablo» en tu presencia  
Y lo creíste todo.

Y con todo, ¡mi bien! lo más amargo,  
Eso no te lo han dicho;  
Lo peor, lo más necio, lo más triste,  
Está en mi corazón bien escondido.

---

## XXIII.

Los tilos florecían;  
 Cantaba el ruseñor;  
 Reía en el espacio  
 Alegre el claró sol;  
 Tu brazo contemplaba  
 Ceñido en torno mío,  
 Y alegre me estrechaste contra el pecho,  
 Por el amor y la ventura henchido.

Caían ya las hojas;  
 Crecían los arroyos;  
 El sol nos contemplaba  
 Con apagados ojos;  
 Helados nuestros labios  
 Un frío «adiós» dijeron,  
 Y tú me hiciste con gentil finura  
 El más ceremonioso cumplimiento.

## XXIV.

Mucho, mi bien, nos hemos adorado,  
 Y con todo, jamás nos offendimos.  
 Siendo niños, hermosa, cuántas veces  
*A la mujer* jugamos y *al marido*,  
 Y nunca, sin embargo, en nuestros juegos  
 Quedamos disgustados ni aburridos.  
 Más tarde, en los azares de la vida  
 Hemos gozado juntos y reído,  
 Y tiernos besos como en otros días  
 Sellaron á la par nuestro cariño.  
 Por último, el recuerdo despertando  
 De la niñez dichosa, que perdimos  
 Jugando al *escondite*, las praderas  
 Y la selva y el bosque hemos corrido,  
 Y escondernos supimos de tal modo  
 Que nunca hemos de hallarnos, dueño mío.

## XXV.

Fuiste fiel á mi amor; por mucho tiempo  
 Interés inspiráronte mis penas,  
 Y amante, consolaste y asististe  
 Mi dolor y mi angustia y mis miserias.

Tú me diste manjares y bebidas;  
 Tú llenaste mi bolsa de dinero,  
 Y ropa y pasaporte para el viaje  
 Me preparaste con celoso anhelo.

¡Amor mío! que Dios por muchos años  
 Te preserve del frío y del calor,  
*«Y que nunca del bien que tú me has hecho  
 Te recompense Dios.»*

---

## XXVI.

Mientras yo mi regreso retardaba  
 En tierra extraña delirando loco,  
 Parecióle á mi bien larga la espera,  
 Mandóse preparar nupcial adorno,  
 Y el arco amante de sus lindos brazos  
 Al más necio tendió de los esposos.

¡Es mi amada tan dulce y tan hermosa!  
 Aun su imagen fulgura ante mis ojos;  
 De los suyos, las frescas violetas,  
 Las rosas inmachitas de su rostro,  
 Y el lirio de su frente inmaculada  
 Florecientes se ven el año todo.  
 Creer que pude alejarme yo del lado  
 De sér tan celestial y tan hermoso;  
 Creer que alejarme pude, fué el más grande  
 Y necio error de mis errores todos.

---

## XXVII.

Angel de mis amores, cuando duermos  
 En la fosa sombría,  
 Yo bajaré á tu lado, y en tu tumba  
 Me clavaré en silencio de rodillas.

Con fuerte abrazo te sujeto, loco;  
 Tú estás muda y helada;  
 Gemidos palpitantes y suspiros  
 En confuso rumor mi pecho exhala.

Es media noche: en grupos pavorosos,  
 Los muertos van danzando;  
 Sólo en el fondo de la tumba helada  
 Nosotros quedaremos abrazados.

Y cuando llame la eternal trompeta  
 Los muertos al tormento ó á la dicha,  
 Nosotros en la tumba quedaremos  
 Para siempre abrazados, vida mía.

---

## XXVIII.

Un pino se alza en la cumbre  
 De un monte del Norte helado.  
 Sueña; la nieve y el hielo  
 Lo envuelven con su sudario.

Sueña con una palmera  
 Que en el Oriente lejano,  
 Se alza solitaria y triste  
 Sobre un peñón abrasado.

---

## XXIX.

—¡Ay! si yo fuese—la cabeza dice—  
El escabel tan sólo de tus plantas,  
Me hollarían tus pies, y de mis labios  
Ni una queja tan sólo se escapara.

—¡Ah!—dice el corazón—si el acerico  
Fuese yo donde clava sus agujas,  
Sangre me arrancarían sus punzadas,  
Y tal dolor juzgara yo ventura.

—¡Ah! si el roto papel—la canción dice—  
Fuera yo con el cual sus trenzas riza,  
¡Cuán quedo, en sus oídos murmurara  
Cuánto vive en mi sér y en mí respira!

---

## XXX.

De mi labio huyó la risa,  
A la par que ella de mí;  
A mi lado llueven chistes,  
Pero no puedo reír.

Tampoco el llanto á mi pecho  
Consuelo le presta ya;  
Mi corazón se desgarrá,  
Pero no puedo llorar.

---

## XXXI.

De mis penas voy formando  
 Mil canciones, que agitando  
 Su bello plumaje de oro,  
 Al corazón van volando  
 De la que sufriendo adoro.

Y después que allí han llegado,  
 Tristes vuelven á mi lado  
 Y se aumenta mi aflicción,  
 Y no dicen qué han hallado  
 Dentro de su corazón.

## XXXII.

Olvidar jamás yo puedo  
 Mi amor, mi dulce adorada,  
 Que fueron en otros días  
 Míos tu cuerpo y tu alma.

Yo aun quisiera de tu cuerpo  
 La esbeltez encantadora  
 Poseer; pero tu alma,  
 Tu alma, niña, es otra cosa;  
 Que la entierren si les place...  
 ¡Me basta la mía sola!

Mi alma, ¡amor de mis amores!  
 Que yo en dos partir deseo,  
 Infiltrar media en tus venas,  
 Y unirme á ti en lazo eterno,  
 Para formar para siempre  
 Un todo de alma y de cuerpo.

ALFONSO DE NUÑO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO R. 195"  
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XXXIII.

Gentes endomingadas se pasean  
 Por bosques y por prados.  
 Con gritos de alegría y con cabriolas  
 La natura esplendente saludando.

Miran con dulces ojos la romántica  
 Flora que nace, los verdores nuevos;  
 Van del gorrión la lenta melodía  
 En sus largas orejas absorbiendo

Yo en tanto, triste, en mi ventana corro  
 Cortinaje sombrío;  
 Me vale en pleno día una visita  
 De mis espectros ¡ay! siempre queridos.

Mi muerto amor también al cabo llega;  
 Viene del reino en que la sombra vaga,  
 A mi lado se sienta, y en silencio  
 Mi pecho traspasando van sus lágrimas.

## XXXIV.

Imágenes venturosas  
 De los tiempos de mi dicha  
 Salen de la tumba, y veo  
 Cuál fué, junto á ti, mi vida.

Soñando yo por las calles  
 Vagaba durante el día;  
 Con lástima y con espanto  
 Los vecinos me veían.  
 ¡Tan demacrado y tan triste  
 Mi semblante aparecía!

Era mejor por la noche;  
 Desiertas las calles frías,  
 Errábamos yo y mi sombra  
 En callada compañía.

Con paso sonante el puente  
 Midiendo mis plantas iban;  
 Traspasando con sus rayos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO J. RUIZ"  
 1940 1625 MONTERREY, MEXICO

29357

Las nevadas nebecillas,  
La luna me saludaba  
Con seria melancolía.

Ante tu ventana inmóviles  
Mis plantas se detenían,  
Y tu ventana mirando,  
Sangre el corazón vertía.

Yo sé bien que muchas noches  
Desde tu ventana, niña,  
Me has mirado, y que has podido  
Ver, á la luz indecisa  
De la alta luna, mi sombra  
Como una columna fija.

## XXXV.

Un joven ama á una niña  
Que de otro ansía el amor,  
Pero éste se une con otra  
En quien cifra su ilusión.

Con cualquiera se une entonces  
La olvidada, en su rencor,  
Y la pena hiere el pecho  
Del que primero la amó.

Vieja historia que renace  
Del mundo entre el ronco hervor,  
Y que á aquel á quien sucede  
Le destroza el corazón.

## XXXVI.

Cuando llega hasta mi oído  
La canción ¡ay! que mi amor  
Cantaba en tiempo que ha huído,  
Páreceme que rendido  
Voy á morir de dolor.

Una aspiración oscura,  
Del bosque triste á la altura  
Con fuerza extraña me guía,  
Y allí, en llanto de amargura  
Se trueca la pena mía.

---

## XXXVII.

Soñé: era una princesa de mejillas  
Frescas, húmedas, pálidas.  
Bajo los verdes tilos reclinados,  
Nuestros amantes brazos se enlazaban.

—El trono de tu padre no deseo,  
Ni su cetro de oro,  
Ni ansío su corona de diamantes:  
Yo quiero, flor de amor, tu amor tan sólo.

—«No es posible,—me dijo,—de la tumba  
Yo habito el fondo helado,  
Sólo de noche á tí venir yo puedo,  
Y vengo porque te amo.»

---

## XXXVIII.

¡Eterno amor de mi vida!  
 Era una noche serena;  
 Sentados juntos estábamos  
 En una nave ligera,  
 Y cruzábamos en calma  
 Por mar tranquila é inmensa.

Las islas de los espíritus  
 Dibujaban sus riberas  
 Bajo la luz de la luna,  
 Que el éter cruzaba lenta;  
 Llegaban de allí las brisas  
 De dulces acordes llenas,  
 Y allí nebulosas danzas  
 Cruzaban el cielo aéreas.

Los misteriosos sonidos  
 Cada vez más dulces eran;  
 A cada instante la danza

Cruzaba más placentera,  
 Y ¡ay! sin embargo, nosotros,  
 Devorados por la pena,  
 Sin esperanza bogábamos  
 Por aquella mar inmensa.

## XXXIX.

Te amé y te amo todavía,  
Y si el mundo sucumbiera,  
Entre su ruina ardería  
Y hasta el cielo subiría  
De mi amor la eterna hoguera.

---

## XL.

De la aurora á los fulgores  
Cruzaba el jardín hermoso,  
Cuchicheaban las flores;  
Yo pensando en mis dolores  
Caminaba silencioso.

Las flores, que murmuraban,  
Con compasión me miraban:  
—«No aborrezcas anhelante  
A nuestra hermana,—gritaban,—  
Sombrio y pálido amante.»

---

## XLI.

Mi pasión desesperada  
Brilla en su lujo sombrío  
Como una historia arrancada  
Al Oriente, y relatada  
En una noche de estío.

Por un jardín caminaban  
Dos amantes: no sonaban  
Ni un rumor ni voz alguna;  
Los ruiseñores cantaban;  
Brillaba la casta luna.

Ella se paró gozosa;  
A sus pies el caballero  
Hundió la frente orgullosa;  
Mas... vino el gigante fiero  
Y huyó temblando la hermosa.

El doncel ensangrentado  
Al cabo rueda sin brío;  
El gigante se ha ocultado;  
Enterrad mi cuerpo frío,  
Y está el cuento terminado.

## XLII.

¡Cuánto me han hecho sufrir,  
Y llorar y padecer,  
Las unas con su cariño,  
Las otras con su desdén!

Sobre mi pan y mi copa  
Derramaron el dolor,  
Las unas con su desprecio,  
Las otras con su pasión.

Mas la que con más tormentos  
Logró mi vida amargar,  
Ni despreció mis amores,  
Ni amor me tuvo jamás.

---

## XLIII.

Tu rostro, dueño adorado,  
Besa el estío brillante  
Con su fulgor sonrosado,  
Y en tu pecho palpitante  
Está el invierno encerrado.

Mas tal vez, pronto, bien mío,  
Como nada existe eterno,  
Extenderá el hado impío  
Sobre tu rostro el invierno,  
Sobre tu pecho el estío.

---

## XLIV.

Cuando á dos que se idolatran,  
Separa el destino adverso,  
Lloran y se dan la mano,  
Y suspiran sin consuelo,

No lloraron nuestros ojos,  
Ni nuestros labios gimieron;  
Llanto y suspiros de pena  
Nos atormentaron luego.

---

## XLV.

Hablaban del amor, problema eterno,  
 Junto á una mesa, donde el té humeaba,  
 Haciendo de él, estética los hombres,  
 Sentimiento las damas.

«Siempre el amor platónico ser debe,»  
 Dijo con calma el flaco consejero;  
 La consejera suspiró al oirlo,  
 Mientras huyó un suspiro de su pecho.

Entre bostezos murmuró el canónigo:  
 «El amor sensüal es vil pecado  
 Que el alma pierde y la salud destroza.»  
 «¿Por qué?» pensó la joven entretanto.

«¡Ay!—dijo la Condesa—amor fué siempre  
 Pasión que eleva al infinito el alma.»  
 Y después al Barón, tierna y amable,  
 Con cortesía presentó una taza.

Aun quedaba un lugar junto á la mesa,  
 Y faltabas, bien mío,  
 Tú, que también tus sabias opiniones,  
 Tal vez, sobre el amor, hubieras dicho.

## XLVI.

Están envenenadas mis canciones,  
 ¿Cómo no, vida mía?  
 Tú el veneno has vertido  
 Sobre la flor hermosa de mi vida.

Están envenenadas mis canciones,  
 ¿Y cómo no, bien mío?  
 Serpientes mil mi corazón enlazan,  
 Y en él vas tú además, dueño querido.

---

## XLVII.

Volví á soñar bajo los altos tilos;  
 Hermosa noche estábamos,  
 Y de amor y de dicha en el exceso,  
 Fidelidad eterna nos jurábamos.

Seguía la promesa á la promesa  
 Entre ósculos ardientes;  
 Porque yo no olvidase un juramento,  
 Señalaste mi mano con tus dientes.

¡Oh! dulce bien de los azules ojos  
 Y blanca dentadura,  
 El juramento, á mi entender, bastaba;  
 Sobraba, á no dudar, la mordedura.

---